

Labali, labali

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Labali, labali (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

No se pudo negar las tradiciones temporales de quienes están condenados a andar por la tierra, y cuyo punto de partida fue algo tan concreto como un jardín (el sufrimiento sirvió como una eufórica explicación), quienes en el nuevo mundo se orientaron con eficacia a través de las guerras. Ellos vieron en el fuego con sus multiplicadas llamas, al empuje de las capacidades creadoras.

Los hombres siguieron siendo hombres a pesar de algunos teólogos que los ubicaron en una categoría especial en sus libros, diciendo que eran seres excelentes llamados a luchar contra el mal; criaturas de dicotómicos pensamientos que hablaban con ángeles y demonios (pidiendo socorros y desafiándolos a muerte en nocturnos campos de batalla) Pero nunca tuvieron la tendencia espiritual de coexistir con otros de su especie dándoles circunstancias iguales. El drama del hombre fue considerar al otro como salido de oscuridades profundas, cuya sombra era una amenaza... el Vicio y el Juicio siempre fueron semánticas derivaciones de la misma palabra, o mejor dicho la continuación que exigía la memoria. Ambos sustantivos se referían a la presencia monstruosa del otro.

Fueron los indios Picunche quienes efectuaron un limitado ejercicio de justicia, frente a exhortaciones que le hicieron por sus perezas (después de haberles infundido imágenes del paraíso, el infierno y otras críticas muy duras), durante la afluencia de severas demandas por parte de una autoridad. Con aquello pretendieron aquietarlos y borrarles sus antiguas incertidumbres. Pero uno de ellos decidió pararse sobre el fango y declarar cómo anómalo a los azotes; No fue un pensador original, pero se guio por el orgullo; y encarnó al hombre de la edad antigua, que había vencido en las viejas contiendas que impusieron los dioses, sin aceptar a la inmensidad de lo extraño ni manteniendo una actitud ingenua. Quiso sanar de la postración de los suyos, y no dejar que lo golpeen en la cabeza porque entendió muy bien que todo lo que ocurría seguía siendo de índole temporal. Y se alzó como alguien poderoso en una vía solitaria.

Los españoles habían llegado con navíos que prefiguraron divinas rutas, portando circunferencias cuyos hilados eran emblemas que

mostraban un dibujo mundial, como un visible término que tenía un central significado. Buscaban en las extensiones de la naturaleza aquello que fuera perfecto a sus fines que corrían por donde creían que había riquezas. Se internaron por territorios sagrados y llegaron a donde habitaban los Picunches luego de enumerar cada cosa que veían. Eran unos pocos y no una marea infinita, pero estaban convencidos de haber recibido ayudas sobrenaturales. Tenían por objeto mostrar a las tribus su poderío, aunque a la par eran grandes maestros del disimulo. Su fuerza eran indiscutibles conjuros y gritos, y la convicción de que nada les era vedado.

Se atormentaban en insaciables búsquedas, y juraban que sabía distinguir al oro del barro. Notaron la impasibilidad del indígena, y esos se les reveló como la obligación de avasallarlos... ya que cargaban con la superstición de tener una superior doctrina que magnificaba sus vandálicos roles. Ésta los hacía herederos naturales de la época, ya que eso había sido determinado y tenía específica sustancia, y desviarse de tal creencia era atraer al caos. Estaban conmovidos por ese ideal, y creía que los que ahora los rodeaban eran fundamentalmente viciosos y residían sobre una montaña de errores máximos que, en cualquier desplazamiento de sus lodazales, los aplastaría. Tuvieron grandes motivos para imponer sus graves ordenanzas, ya que junto a sus voluntades ebrias de poder, traían una organización de discípulos de Cristo, quien como ellos habría sido un dios que en acciones pasadas se había mezclado con el mundo. Porque coordinaban en los pueblos la aguda creencia que eran dioses, y los indígenas sus antítesis.

Confundieron a los indios con los movimientos de sus caballos, que fueron considerados mitológicas criaturas salidas de soberbios submundos para crear hostilidad y sometimientos. Criaturas que salieron del sistema cósmico espiritual para romper el orden pacífico, y acercar los barbudos dioses a lo que si no estaría fuera de sus alcances. Con estos los extranjeros se plantaron en la tierra arrogándose el derecho excepcional que todo les pertenecía. Habían creído que eran auténticos dueños de lo que eran capaces de examinar con sus ojos.

Personificaban virtudes sobrehumanas a la vez que mantenían un conveniente desprecio hacia los nativos, a quienes como ignorantes les enseñarían si se mostraran serviciales y los llevaran a lugares en donde encontrarían oro. Eran providenciales componedores que llegaron para enseñar, pero antes querían las tierras, instalarse en el lugar, evadir la pobreza y obtener comodidades fácilmente. Sí, tal vez habían creado algo de tensión, pero les darían la Fe... por lo que sería un intercambio justo.

A priori arguyeron que cualquier respuesta de los Picunches constituiría un completo error. Estaba en sus manos el destino entero de esos hombres, y sus estrategias era ayudarlos a salir de su postración ancestral. Llevar a

cabo grandes visiones que complementaban con palabras extraídas de un cuadrangular objeto, en el que estaban reunidas todas sus historias que fusionaban los antiguos eventos con glorias futuras. Ningún hombre que pretendiera ser libre podría ignorar lo que el subdividido objeto decía: para andar en el orden físico debía apoyarse en sus contenidas memorias, y declararlas ciertas como único medio para obtener validación; en caso contrario una variedad infinita de sortilegios se arremolinaría en su contra.

Pronto tomaron territorios, ríos y exigieron a los Picunche que trabajen para ellos. Debían ser sinceros y levantar las paredes de lo que con tesón serán palacios, en los que se podrán sentar en los umbrales de sus postreros ambientes. Si los indios eran dóciles, ellos les anticipaban que no tendrían problemas; serán tratados como niños y vivirán en un entorno repleto de Vírgenes y Santos. Resultaba evidente que eran Señores, y no personajes que caminaban por evanescentes nubes o los colores del arco-iris, por lo que estaban ahí, en concreto, para invitarlos a un ciego ciclo de afanes.

¿Qué cosa habían hecho los indios antes, sino dejarse llevar por la apatía? Claramente debían dar un paso adelante y aceptar la civilización sin necias perplejidades ni titubeos, para dejar de ser pedazos animados de la tierra... un indefinido material humano. ¡Por suerte los españoles habían emergido desde tierras fatales para romper con sus aislados hábitos y darles principios atemporales! Representaban lo moderno y las místicas posibilidades, por lo que también tuvieron que desencadenar guerras horribles (no hubo contradicción ya que a sus espadas las apoyaron en el libro sagrado). Y a cada momento cuestionaron la naturaleza de los conocimientos que los indios tenían de lo que los rodeaba... si bien ellos habían abarcado la realidad, eso no significaba que la hubieran entendido.

Simplificaron a esos hombres, y les atribuyeron con liviandad la irrelevancia de dependientes siervos; labraban juicios sobre sus conductas como si fueran sus jueces, con la consideración que no guardarían muchos recuerdos y sus atoradas reflexiones eran mínimas. Era un prejuicio bondadoso verlos como seres irracionales ya que no conocían de universidades, bibliotecas ni iglesias. Los ubicaron en categorías del menosprecio, apenas mayores a la de los animales que pastoreaban en los valles, debido a que, al carecer de la fe verdadera, sus vidas habían sido falseadas por el diablo... Aunque un tanto benevolentes, asintieron que habitaban en el espacio real y hablaban un lenguaje por lo que podrían entender rudimentos elementales de las ciencias teológicas. Podrían llegar a entender algunas cosas dentro del orden humano e incluso del divino.

Bartolomé de las Casas dijo: "estos hombres ven, pero están ciegos, y si los dejamos solos aún los buitres los devorarán, por lo que a través de incesantes progresiones de misas debemos instruirlos". Según su teoría

las fundamentales ceremonias religiosas actuarían como inspiradas prestidigitaciones sobre esos niños que tuvieron la fortuna de encontrar alguien que los guíe a la adultez; y fue patente su indignación sobre quienes no tuvieron buena predisposición a enseñarles las leyes santas.

El cristiano debía acercar su cara a esas personas indefensas, hacerlos trabajar y colgarles la fe en sus pechos (no se los podía obviar como si no existieran y no incluirlos dentro del rebaño). El infinito amor de Dios convertía la roca en río.

Los indios debían aceptar la Santa Doctrina sin que les asomara el atrevimiento de la duda, ya que la base y fundamento del vivir era creer en cosas que nunca se vieron, por lo que vivirían de verdad si aprendían a usar en forma correcta la mente. La negación de la fe no sólo era signo de inexistencia, sino también de tortuosidad moral.

Los españoles no dejaron que reiniciaran sus vidas de acuerdo a soñolencias anteriores, ya que con sus arcillosos sentidos jamás habían fabricado una realidad. Se habían abocado a crear agotables formas que tuvieron breves períodos de florecimiento. Pero a partir del momento en que encontraron tesoros en sus almas, tenían que extraer para sus maestros los buenos frutos de la tierra. ¡Debían adorar los santos que estos acarrearán como ejemplos de importancia sublime! El progreso que primero les correspondía era el espiritual.

Los que habían llegado de los mares tuvieron la intención de destruir sus magias, y acechar a cada pueblo de América hasta crear un insondable imperio que cambiaría la configuración del mundo; uno en el que el sol no se ponía nunca... utilizaron esa metáfora de indudable poderío de acuerdo a la cuantitativa necesidad de expandirse en el espacio. Y organizaron y sistematizaron a pueblos antiguos.

II

Al principio los Picunche creyeron que los recién llegados eran dioses, ya que, al no obtener una explicación lógica de sus llegadas, optaron por una metafísica (se sintieron abrumados al verlos y también temieron que sus reacciones no fueran las correctas). Habían traído jaulas para capturarlos, como ellos hacían con algunos pájaros a los que alimentaban con granos de maíz. Y no serían meras conjeturas puesto que hasta entonces no habían sido derrotados, y actuaban como si reconocieran las preestablecidas armonías del universo. Querían saber dónde había oro, y se enojaban si recibían respuestas ambivalentes... hacían preguntas y al no obtener información, se respondían a sí mismos con risas que ya lo sabrán todo, mientras hacían con una mano el gesto de sostener una

piedra con la que cortaban sus gargantas.

Los que entre ellos no cargaban armas, reflexionaban abiertamente sobre los problemas de la existencia, establecían normas que no eran meramente rituales, y hacían imponderables especulaciones al relacionar lo que ocurría en esos lugares en donde florecían los sentidos, con un dios mayor que durante la inmensidad del tiempo no había cesado de observar a los vivientes. Este dirigiría ejércitos desde una posición lejana, y derrumbaba a pueblos enteros si no era obedecido. Alababan a ese dios invencible mientras se abrían paso a través de la fuerza bruta... Los que no guerreaban eran intérpretes de ese gran dios, sus ojos y oídos en la tierra.

Fue Michimalonco quien dijo las primeras palabras en rebeldía (éste no era considerado el más importante de su clase, pero formó parte de la comisión que había espiado el arribo de esos hombres): "¿Si son dioses por qué les crecen barbas?". Le resultaba demasiado difícil reconocerlos como inmortales, ya que no parecían seres remotos, sino que eran iguales a los demás que gritaban con rudeza... No traían al espíritu de una época de paz, y eran violentos; metían presión a los Picunche afirmando que a la par de la Salvación, habían transportado elementos de tortura suficientes para enmendarlos.

Algunos indios temerosos le contestaron que los sagrados visitantes querrían tener un máximo grado de semejanza con los hombres, pero sus aspectos serían provisorios... No se los podía juzgar por estos, sino por su línea de conducta de carácter infalible. Y exigieron a los demás hacer un esfuerzo en comprenderlos, aunque resultara difícil ya que el hombre que residía en el valle no podía ver lo que pasaba en la cúspide de la montaña, ni predecir de que rincón avanzaran los vientos... Se habrían asemejado a la gente porque así les sería más sencillo enseñar sus modelos y darles protección. ¡El hombre, impuro y efímero, debía intensificar su razonar y darse cuenta!

Ellos darían una nueva moral al pueblo llano, sin pretender reconocimiento ni gratitud. Luego se retirarán en el crepúsculo oscuro hacia las homogéneas aldeas que estaban del otro lado del cielo; les parecía apropiado descender para prestar auxilio y dejar de ser espectadores en las alturas; alegremente arreglarían los entuertos de los mortales. Estaban decididos a organizar la gente de acuerdo a la conciencia fulminante que los rigió en sus lugares de procedencia; les darían a los hombres nuevas energías e impulsos vitales que eran los mismos que habían puesto tiempo atrás en la naturaleza.

Michimalonco no menguó en su indignación, y dijo: "¿Si son dioses por qué nos esclavizan para sacar los frutos de la tierra? ¿Por qué no dicen a los vientos, dadnos la cosecha... para que estos sumisamente las entreguen en sus manos? ¿O acaso no condicionan a los elementos, y

motivan al agua a hacerse lluvia, y a las rocas de los volcanes a hacerse fuego?". La cuestión era clara: ¿por qué le habían puesto grilletes en vez de tratarlos como hijos a los que les darían parte de sus fortunas?, ¿por qué los obligaban a colocar bóvedas a sus construcciones?, ¿por qué bajaron a la palestra del mundo para herir a los sanos y no curar a los enfermos?

A lo que los más ilusos de los Picunche respondieron: "Nos están probando... una vez que comprueben qué somos fieles, nos darán salud eterna; quieren que el hombre participe de lo encomiable a través de su esfuerzo". Los Picunche tenían que calmarse, combinar claridad y profundidad en sus mentes, y mostrarse cómo hombres mansos... y aunque les arrancaran la piel y los metieran en jaulas de piedra, debían sonreír como una prevaeciente demostración de sus buenos sentimientos... esas pruebas no se prolongarían demasiado, y pronto los dioses rendirían grandes porciones de sus secretos.

Apretujados en la costumbre de esperar, creían con estúpida esperanza que tarde o temprano les darían auxilios sobrenaturales; habría un hilo de coherencia entre sus palabras que llamaban al amor y sus articulaciones guerreras que no toleraban rebeliones; no había que provocar a sus férreas voluntades con impacientes maniobras. Lo cierto era que se plasmará la definitiva concordia mientras los dioses y hombres coexistan en la realidad física, y los primeros se preocuparán por los segundos como lo hicieron en las grandes instancias de la historia.

Michimalonco no se resignó a las sonseras de los suyos, y como el más avezado de la tribu dijo: "Hay un rasgo que no tienen los nobles dioses, y es el de codiciar objetos...llamemos a uno diciéndole que un apartado rincón está lleno de oro. A ver cómo responde". ¿Se sentirá feliz o abrumado? ¿Repartirá críticas o elogios? ¿Cuál será su pensamiento divino ante esa realidad? El hombre estaba convencido que, si se trataba de un dios, inmediatamente repudiaría esa insustancial empresa: los racionales dioses jamás tuvieron la imbécil tradición de acaparar objetos, es más: desdeñaron aquello como la corrupción a la que eran proclives los mortales.

Así hablaron con un soldado cuyo nombre según consta en conservados registros era el de Felipe Cantón, quien confió que podría expoliar esos indios en forma simple y lícita. Circulaban rumores que Cantón fraguó sus orígenes para asegurarse una alcurnia noble; ese hombre era muy ambicioso y para cumplir con sus fines sostuvo estrechos vínculos con algunos líderes Picunche. Él les confirmó que, si lo llevaban al oro, establecería con ellos a un lazo perdurable. En ese día creyó tener la clarividencia necesaria para apoderarse de voluminosas riquezas antes que los otros... junto a mansos indios que lo auxiliaría ya que estaban deseosos por complacer. Querían quedar bien con él, y después de la

labor le regalará a cada uno, una cruz de madera tallada. Así que no le importó separarse de su guarnición ni sustraerse del tiempo común que pasaba con sus compañeros, para internarse en el bosque con esos hombres de impulsos simples y fáciles de prever.

La perspectiva de éxito transformó rápidamente los rasgos del extranjero que haría una tentativa desesperada (o irreflexiva) de apropiarse de la mayor cantidad de oro posible. En Cantón se fundieron la dicha, los altos tiempos soñados en España y el cosmos; ya sentía la irradiación de la energía del dorado metal en sus manos.

Con apuro por encontrar ese filón fue hasta el sitio indicado (que temió fuera yermo e inútil), y enseguida dio órdenes para que colaran las aguas del río. Si los indios resolvían los problemas que le planteaba ese escollo, él los premiaría especialmente... pero la preeminente característica de los indios era ser mentirosos y Felipe Cantón temió haber concurrido a ese lugar en vano.

Los indios, honestamente, le dijeron a Michimalonco: "Esto no prueba que no sea un dios, ya que los dioses pueden simular amar al oro para engañar a los hombres, hacerlos argüir y demostrar que no son dignos de recibir benevolencias". Tales serían ilusiones del entendimiento que los pondrían en un estado de indefensión, retruécanos finitos para que se dejaran llevar por falsas percepciones que a través de la rebeldía distorsionarían la voluntad. En ese caso, los dioses cuestionarían al hombre y transformarían sus conocimientos en delirios.

Michimalonco luego de nominar algunos dioses conocidos, replicó: "Tengo que admitir qué no lo he traído acá para probar su codicia, cosa que a todas luces ya demostró con torpeza. Esto fue un artificio para llevar a cabo la verdadera prueba, la cual no estará basada en el amor que tuviera por el oro o en el querer acumular riquezas ". Disponía de la precisa clave para saber si tenía estatus divino, sin tener que medir sus reacciones ni sus emociones particulares; haría una comprobación ortodoxa de las propiedades de ese personaje, con la que asentaría un ejemplo concreto.

El Picunche tomó una pesada maza que hizo caer sobre la cabeza del hombre, y al golpearlo una segunda vez ocasionó su aniquilación. Y los miembros de la tribu, como camaradas, observaron su real naturaleza... a través de su quietud, y la sangre que envolvió al suelo, había quedado en evidencia su condición mortal. Ya no era necesario recurrir más a inquisiciones artificiosas, y no hubo divergencias de opinión. A través del terrible recurso a la violencia, la razón había triunfado sobre las supersticiones.

Así gritaron "Labali, labali" (mortal, mortal), y se alzaron en armas contra

los invasores que amenazaron su libertad.

Fin